

PORFIRIO BARBA JACOB: NOSTALGIA POR LA VIDA*

“Esto sabe a tierra, sabe a tiempo, sabe a humanidad” fue el comentario de don Miguel de Unamuno al leer un pedazo típico de prosa antioqueña, y el autor de la inmortal *María* dirige a Antioquia su célebre pregunta retórica.

Titán laborador, pueblo altivo, raza de gigantes y de gladiadores, ambiente sano y viril, cariño espontáneo por las montañas, espíritu que desconoce los límites del “hasta aquí”, apego a la copla popular, incansables campeones de los débiles, individuos apasionados que fundan “La Siesta” y raramente tienen la costumbre de dormirla, cantores impulsivos que entonan “a todo pecho la guabina [...] ruda cual las montañas antioqueñas, donde tiene su imperio y fue su cuna”, fervor espontáneo por las “olorosas esencias” de la libertad “que perfumas las montañas de mi tierra”. He aquí la sinfonía telúrica de los orígenes literarios en Antioquia, las raíces culturales de la región. Y, de pronto, surge la inquietante figura de Miguel Ángel Osorio, *rara avis*, sombra errante, nota “discordante” a primera vista, perfil que parece desafiar los rasgos que integran el mosaico cultural de la “montaña mágica”, patrón tradicional de “todo el maíz”. Los que han intentado enjaular al poeta antioqueño en una u otra escuela literaria se han frustrado haciéndolo, dada la constitución psicológica y la condición literaria (y los tres seudónimos) del “judío errante”, del “grande hermano diabólico”, del “señor de las tinieblas”, del “príncipe sombrío”, del “luzbel generoso”, del “poeta de la muerte”¹, de acuerdo con los rótulos variados

¹ GERMÁN POSADA MEJÍA, *Porfirio Barba Jacob - el poeta de la muerte* (Bogotá, 1970), págs. 187-190.

elaborados para identificar al poeta conflictivo que se jactaba, con inmenso orgullo y no poca grandilocuencia, de ser “en América, el Ashaverus de tu poesía”².

Miguel Ángel Asturias (Premio Nobel 1967), a quien Osorio conoció en Guatemala, hace destacar la música de sus palabras, asociándola a la mágica armonía de su *Acuarimán-tima*. Otro exponente de las letras guatemaltecas, Rafael Arévalo Martínez, pretendiendo definir su encuentro extraordinario con el bardo colombiano, vacila, en su cuento *El hombre que parecía un caballo*, entre deslumbramiento hechizante y brutal desilusión, entre la momentánea resonancia espiritual y la falta de comunicación duradera. Manuel Mejía Vallejo evoca su visita a la casa del escritor guatemalteco durante sus andanzas de periodista vagabundo por la América Central (en busca del “recuerdo vivo” de Barba Jacob). Decía Arévalo: “Ese hombre fecundaba las almas”, reconociendo el mágico efecto del poeta colombiano³.

El estreno de Barba Jacob coincide con la publicación de *Cantos de vida y esperanza* en 1906 cuando el poeta tenía apenas veintitrés años. Dos años más tarde sale uno de sus mayores aciertos poéticos, *Canción ligera*, asombrosa por su profunda sencillez y por la índole del tema que anuncia una faceta esencial de su genio.

No es fácil resistir la tentación de diagnosticar la cosmovisión del poeta de acuerdo con sus propias confesiones manifiestas en citas como las siguientes:

“En nada creo, en nada” (*La reina, O. c.*, pág. 221).

“Nunca sabremos nada” (*La estrella de la tarde*, pág. 184).

“No hay nada grande, nada, sino la Muerte” (*Triste amor*, pág. 190).

² *El son del viento*, en PORFIRIO BARBA JACOB, *Obras completas*, compiladas por Rafael Montoya y Montoya (Medellín, 1962), pág. 204.

³ MANUEL MEJÍA VALLEJO, *El hombre que parecía un fantasma* (Medellín, 1984), pág. 40.

“Vosotros no podéis comprender el sentido doloroso de esta palabra: UN HOMBRE” (*Un hombre*, pág. 245).

La conclusión parece evidente: señala una filosofía pesimista, una desesperante visión de la vida, sin ningún rayo redentor de luz: “Mi mal es ir a tuestas con alma enardecida, ciego sin lazarillo bajo el azul de enero” (*Oh, noche*, pág. 166).

Sin embargo no olvidemos que este hombre conflictivo, torturado y controversial contiene muchos “hombres” (lo cual trae a la memoria el título de una interesante novela de Eduardo Barrios). El mismo poeta identifica a algunos de ellos por medio de los seudónimos Maín Ximénez, Ricardo Arenales (el señor de Aretal de Arévalo Martínez) y, el más conocido, Porfirio Barba Jacob. Desde luego el “poeta de la muerte” no es sino uno de éstos, ya que el pesimista que formula el lamento “No hay nada grande, nada, sino la Muerte” no tarda en convertirse en el optimista que enaltece el “ansia de ideal” como esencia del ritmo vital. ¿Cuáles serán los demás perfiles del “hombre que parecía un caballo”? María A. Salgado expresa sorpresa ante la “variedad de posturas en las que el poeta escoge retratarse”, reflejo de sus máscaras⁴.

La vida del poeta fue una odisea constante, siempre adelante (aunque sin rumbo claramente definido), explorando los círculos artísticos, intelectuales y de la bohemia en la América Central, México, Estados Unidos, así como en Cuba, Perú y en su propia tierra. Era mal soldado (en la guerra civil de los mil días) por carecer de vocación, y peor sacerdote del templo de Minerva por faltarle paciencia. Sus biógrafos recuerdan que “su mano blandía a todas horas la férula”⁵. Si no pecaba por paciencia, tampoco pecaba por consistencia. Elogiaba a Porfirio Díaz y con entusiasmo igual abogaba en defensa de la libertad revolucionaria: “La tierra mexicana le dio su rebeldía”. Cuando fue expulsado de México, vuelve

⁴ Eco y Narciso: *imágenes de Porfirio Barba Jacob*, en *Ensayos de literatura colombiana* (Bogotá, 1985), pág. 66.

⁵ *Obras completas*, pág. 21.

a Colombia y al periodismo para mantenerse precariamente a flote. Llega a ser, por algún tiempo, jefe de redacción del periódico *El Espectador*. Justo es reconocer, observa Lino Gil Jaramillo (con ciertos ecos del recurso retórico *understatement*, muy británico por cierto) que “cuando el poeta alucinante y mefistofélico era jefe de redacción, el periódico no tuvo precisamente “su edad de oro”⁶.

Tres fuentes claves se destacan para la exploración de Barba Jacob y de su obra: una autobiográfica, la segunda crítica y analítica, la tercera bibliográfica. Son bases imprescindibles para el estudio del poeta y provienen del mismo Barba y de dos de sus más íntimos amigos, Juan Bautista Jaramillo Meza, de la ciudad de Manizales en Caldas, y Rafael Heliodoro Valle, residente en la ciudad de México. Se trata (1) del artículo autobiográfico del mismo poeta, titulado *La divina tragedia*, compuesto en 1920, que figura luego como prólogo de su segundo volumen de poesías *Rosas negras* y que contiene casi todos los detalles biográficos en que se basa la crítica posterior. (2) El libro de Juan Bautista Jaramillo Meza, titulado *Porfirio Barba Jacob, el errante caballero del infortunio*, publicado en Manizales en 1944, dos años después de la muerte del poeta. Es la obra pionera sobre el poeta e íntimo amigo, libro básico para cualquier investigación barbajacobesca (o barbajacobina). Recuerdo haber hablado con don Juan Bautista, en Manizales, quien me decía, entre sonrisa y lágrimas, que muchos estudiosos de la vida y de la obra de Barba Jacob han bebido en su fuente sin moderación y sobre todo sin confesar sus deudas en notas al pie de página, delito que él calificaba con compasión de “piratería intelectual” para evitar el término más tajante de “plagio”. Además (3) existe una bibliografía extensa sobre Barba, preparada por el hondureño Rafael Heliodoro Valle⁷.

⁶ *El hombre y su máscara* (Cali, 1952).

⁷ *Thesaurus*, XV, Bogotá, 1960 (Esta bibliografía se reproduce en *Obras completas*, págs. 475-546, “mediante el ejemplar esfuerzo de Rafael Heliodoro Valle y el Instituto Caro y Cuervo”).

Agreguemos el interesante estudio de Manuel Antonio Arango titulado *Tres figuras representativas de Hispano-América en la generación de vanguardia o literatura de post-guerra*⁸, el tomo de *Obras completas*, editado por Rafael Montoya y Montoya en 1962, dos obras críticas importantes: *Barba Jacob, hombre de sed y de ternura* (Bogotá, 1957) de Víctor Amaya González y *Porfirio Barba Jacob, el poeta de la muerte* (Bogotá, 1970) de Germán Posada Mejía, así como la “subjéctiva pero completa biografía del poeta” por Fernando Vallejo, los estudios perspicaces de María A. Salgado y los siete reportajes estimulantes de Manuel Mejía Vallejo realizados en Guatemala con personas que trataron íntimamente a Barba Jacob, notas para una biografía nunca escrita (*El hombre que parecía un fantasma*, Medellín, 1984).

No cabe duda de que Barba Jacob invita la controversia: algunos rinden tributo a su periodismo en favor de “la libertad y de la honradez”⁹ — identificándolo con ilustres cantores del “coro antioqueño, tales como Epifanio Mejía, Gutiérrez González y Jorge Isaacs”¹⁰ — y otros lo califican de “oportunista”. Aquí nos interesa menos el ideólogo que el poeta, aunque puede ser difícil separarlos. La rebelión contra el enigma de la vida y su inutilidad caótica produce los momentos de desesperación que lo empujan al nihilismo. Acosado por ansias vehementes de lo lejano e inalcanzable se entrega al anhelo baudeleriano del viaje — sediento insaciable de nuevos horizontes —, siempre con la nostalgia de Julián del Casal de ver “otro cielo, otro monte, otra playa, otro horizonte, otro mar, otros pueblos, otras gentes de maneras diferentes de pensar”. Perplejo ante el conflicto entre “spleen e ideal”, Barba Jacob llenó su verso con desesperación y con esperanza. En pocos poetas seguramente encontramos, en tan estrecha alianza, el concepto inmortal del poeta romántico Schiller: “Himmelhochjauchzend, zu Tode betruet”. En vaivén cons-

⁸ Publicado en Bogotá en 1967, el libro estudia a Barba Jacob, Alfonso Reyes y César Vallejo.

⁹ *Obras completas*, pág. 11.

¹⁰ *Obras completas*, pág. 9.

tante entre las cumbres del júbilo —la “ardiente esperanza”— y los abismos de la desesperación, el poeta proclama el ritmo vital del romanticismo, agregando el postulado del modernismo en no sólo decir las cosas sino “decirlas bien”.

Evidentemente hay puntos de contacto formal y temático entre Barba Jacob y Rubén Darío. Por ejemplo, como se ha notado, *El son del viento*, íntimo autorretrato del poeta, recuerda el tema de “Yo soy aquel”. Sin embargo, si Darío evoca su juventud con honda melancolía —“Mi juventud ¿fue juventud la mía?”—, Miguel Ángel Osorio pasó “su infancia feliz junto a sus abuelos entre labriegos”¹¹. Es un dato digno de recordar en la vida del vagabundo perpetuo, porque los ecos no se dejan de translucir.

La realidad y el mito se funden en la vida y en la personalidad de este hombre cuyos amigos y admiradores le rodeaban con una aureola de anécdotas casi legendarias que dificultan a veces el análisis de sus poesías. En 1960, al lamentar precisamente este punto o sea que “el análisis definitivo de su poesía no se ha ensayado todavía”, afirma Jaramillo Meza que Barba Jacob “nació en la Antioquia patriarcal y parecía ciudadano de la Roma decadente”, descubriendo al mismo tiempo en él un “corazón de niño”¹². Es un dualismo fascinante que trae a la memoria los recuerdos de Alfonso Mora Naranjo, antiguo alumno de Barba Jacob, más tarde director de la biblioteca de la Universidad de Antioquia (donde tuve el placer de conocerlo en 1950), de que en la época de su docencia en el pueblo de Angostura el poeta fue “un campesino encantado con el cultivo del maíz y de la yuca” (*Obras completas*, pág. 122). Me parece esencial recordar que “el poeta de la muerte” (título del excelente estudio de Germán Posada Mejía) sentía una nostalgia profunda por la vida,

¹¹ *Obras completas*, pág. 9.

¹² MARÍA A. SALGADO nota que en el fondo el poeta era “el niño inocente y vulnerable” (*Eco y Narciso: imágenes de Porfirio Barba Jacob*, en *Ensayos de literatura colombiana*, Bogotá, 1985); MEJÍA VALLEJO lo califica de “cínico que de pronto se volvía niño ingenuo”, *El hombre que parecía un fantasma* (Medellín, 1984), pág. 86.

manifiesta en sus ensueños y en la “ardiente esperanza”. La desaparecida Blanca Isaza de Jaramillo Meza, por muchos años co-directora incansable de la revista *Manizales*, alude a una faceta vital que no siempre se tiene en cuenta al estudiar al “caballero de las angustias”, o sea su “risa loca”¹³, un rasgo por demás notable dentro de un marco literario que tradicionalmente “sonríe poco”.

La sed por la vida¹⁴ se manifiesta en tres facetas temáticas de su obra, o sea en las nostálgicas alusiones a la infancia y a los niños, que se identifican con la vida del campo, así como en las referencias a dos fenómenos del proceso vital, el viaje y el viento que se relacionan con el concepto del “mar ambiguo y fuerte” (*Acuarimántima*).

Su producción poética proclama esta trinidad temática: el impacto del *voyage* de Baudelaire¹⁵, empujado por el viento (que estimula e intensifica la llama vital antes de apagarla), junto con la honda conciencia de su alma de campesino y del recuerdo conmovedor de sus raíces antioqueñas, de las “cosas humildes” (*El despertar*) y del “corazón del campo” (*Nocturno*). De este modo surge el élan vital que forma una parte orgánica del “errante caballero del infortunio”, del “poeta de la muerte”. Es una dimensión del “barbajacobismo” que nos lleva desde la tierna *Parábola del retorno* (evocando el nacimiento del hermanito) a través de la franca confesión, en *Paternidad* (“Quien tiene un niño, ha ejercitado / divinamente el don de crear”), hasta el magnífico homenaje en *Los niños*:

En sus almas recónditas se inicia
una virtud humana que aún se esconde;
mas cuando llega la ocasión propicia
y un genio llama, esa virtud responde [...].

La bibliografía de Heliodoro Valle cita asimismo un breve

¹³ *Obras completas*, págs. 42-44.

¹⁴ Véase el trabajo interesante de CLARENCE FINLAYSON, titulado “La poesía humana de Porfirio Barba Jacob”, *Universidad de Antioquia*, XVII, 1944, págs. 5-25.

¹⁵ CARLOS GARCÍA PRADA tiene una nota sobre el poeta titulada *Una sombra errante y su canción en Obras y autores* (Toronto, 1961), que emplea un lema de Barba Jacob: “El ideal gusta de viajar”.

folleto del poeta titulado *En loor de los niños*, publicado en San José de Costa Rica en 1915. No lo he visto pero el título acentúa el aspecto que acabamos de enfocar. *Acuarimántima* se llama la ciudad nebulosa del vago ideal que persigue el poeta: en *Acto de agradecimiento* culminan sus deseos en el anhelo de que “el alma llene el valle, el monte, el día”.

Es difícil por lo tanto sostener la posición de que “en los versos de Porfirio, la vida ya no existe”¹⁶. La vida sí existe vibrantemente, y como tema clave, orgánicamente relacionado con los demás temas poéticos, no sólo en la época juvenil sino a lo largo de la carrera íntegra del poeta.

El recurso de “escandalizar al buen burgués” con la esperanza de molestarlo y sacarlo de su complacencia acostumbrada por medio de retórica deliberadamente provocativa e iconoclastica es un ejercicio poco original. Poetas como Heine y Baudelaire lo practicaban a perfección. Tiende a esconder más bien que revelar, teniendo en cuenta el fallo freudiano según el cual hay palabras que revelan el pensamiento y otras que lo esconden. Las erupciones extremadas de Barba Jacob tales como “En nada creo, en nada” o “No hay nada grande, nada, sino la Muerte” pertenecen a esta última categoría. Son momentos en que el poeta se entrega a una actividad que registra con fino don observador Arévalo Martínez en su cuento. Se vuelve deslumbrador y escénico “como el caballo de un emperador en una parada militar”. Son momentos artificiales de espectáculo donde Maín insiste en ser “el héroe del poema”. Los versos nostálgicos en cambio, los que recuerdan las cosas humildes, definen sin grandilocuencia, sin afectación, sin fachada histriónica, una faceta esencial de su cosmovisión dejando al descubierto sus conflictos profundos.

Si es verdad que vagaba por el mundo en busca de un ideal nebuloso, si es verdad que cultivaba los placeres efímeros y que se acercaba al borde del nihilismo, “errante caballero del infortunio”, vagabundo, romántico, modernista, posmodernista o lo que sea, también es cierto que algunos de sus versos más auténticos revelan un lazo nostálgico con el pasado y con

¹⁶ POSADA MEJÍA, pág. 85.

el paisaje, con la tierra donde estaba su cuna, “allá en mi Antioquia”, donde “acaso pasó junto a mí, sin que yo lo advirtiera, el espíritu de Jorge Isaacs”¹⁷. Otto Morales Benítez encuentra en Barba Jacob “una huella singular de la tierra y de la gente de Antioquia”¹⁸.

El apóstrofe que el poeta pronunció en *Elegía de septiembre* tiene ecos de profesión de fe: “Oh sol, oh mar, oh monte, oh humildes animalitos de los campos. Pongo a todas las cosas por testigos de esta realidad tremenda: He vivido”. Y agrega: “con alma, con sangre, con nervios, con músculos”. La vida sí cabe dentro de la fórmula literaria de Barba Jacob; a lo mejor no fuera tan discordante la nota que agrega el poeta a la gran sinfonía antioqueña que “sabe a tierra, sabe a tiempo, sabe a humanidad”. Barba Jacob encajó orgánicamente en el parnaso antioqueño, tan orgánicamente como León de Greiff, compatriota de su patria chica.

Hay la fácil tentación de convertir a este hombre pintoresco conflictivo y obsesionado en un ser mítico, desvistiéndolo de su humanidad y vitalidad. Sus admiradores acentúan lo divino, los críticos lo mefistofélico. Yo francamente no lo veo ni como semi-dios ni como semi-demonio, ni divino ni demoníaco, ni como filósofo con ansias de explorar el sentimiento trágico de la vida. Lo veo como un ser humano, tan genial como frágil e inconsistente, desorientado a veces, hambriento de vida siempre, valiéndose de la palabra a menudo para esconder, igual que la máscara pirandelliana. “Con la frente en llamas y los pies en el lodo”, vivía en busca angustiada de su identidad, y en busca del ideal que era su auténtica realidad. A pesar de los violentos interludios (más o menos histriónicos) de ateo y nihilista, yo tengo para mí que Barba Jacob vivía seguramente IN CERCA D'AUTORE.

KURT LEVY

Universidad de Toronto
Canadá.

¹⁷ *Rosas negras* (Guatemala, 1933), prólogo (*Obras completas*, pág. 357).

¹⁸ *Escritores de Antioquia* (Medellín, 1986), Prólogo, pág. 38.